

Muriel quiere despertar a Manu para despedirse.

Lógicamente, marcharse sin decirle ni siquiera adiós le parecía muy violento, y de mala educación.

Miraba su reloj de Cartier desesperada, aunque todavía faltaban más de dos horas para la salida de su vuelo.

Se diría que lo estaba haciendo adrede para fastidiarla, porque juraría que hacía unos minutos le había visto levantarse para ir al baño.

Por una parte le maldecía, aunque por otra se daba cuenta de que aún sentía por él una pasión muy intensa.

En ese momento estaba a punto de sucumbir.

Sentía deseos de meterse también ella en la cama y olvidar todo lo sucedido aquella terrible noche.

Quizás la pelea había sido una de tantas de las que habían tenido lugar a lo largo de su vida juntos.

Era especialista en sacarla de quicio, aunque se atrevería a decir que precisamente eso era lo que más le gustaba de él, porque luego, con un simple arrumaco, la hacía caer rendida a sus pies.

Seguro que se trataba de una táctica masculina, porque sin duda él conocía todos los trucos para mantener a una mujer constantemente excitada.

Lo de darle celos, como aquella noche, tampoco era la primer vez que lo hacía.

Ahora que lo pensaba, menudo historial tenía.

Seguro que me ha visto coquetear con Maurice y por ello me ha montado ese pollo.

Y eso que no sabe que cuando fui a su habitación a servirme mi whisky favorito, apareció de repente y me besó de un modo que de tan ardiente dejó asombrada.

¡Quién lo diría de él!

Entonces sonreía sentada en el borde de la cama dispuesta a olvidar lo sucedido, tanto lo del beso como la disputa.

En ese momento se arrepentía de todo, y pensaba que en el fondo él tenía razón.

Seguro que ella era una absoluta ignorante en materia de arte, de cine, y de muchas cosas más.

Él no quería trabajar como profesor de secundaria por el momento, pero al menos se leía todos los días el periódico y le informaba a ella de la actualidad.

Le gustaba enterarse de las cosas que sucedían en el mundo, pero le daba pereza ponerse a leer con calma las noticias, como él lo hacía.

Prefería pasear, ir de compras, montar a caballo...

Más que aprovecharse de ella, reconocía que vivían en una especie de simbiosis.

Qué culpa tenía él de que sus padres tuvieran tanto dinero y además fueran generosos.

Él se lo merecía porque era educado y culto.

Daba gusto estar a su lado.

Sus conocimientos tendrían que proceder de los libros que leía.

Sabía no sólo de literatura, sino de otros temas complicadísimos como la filosofía, la política o la economía.

Si estaba convencida de que llegaría a ser alguien en el mundo de las letras, sería sin duda por algo.

Entonces siente por él una ternura muy intensa y comienza a acariciarle dulcemente, como él solía hacerlo durante horas, recorriendo su cuerpo suavemente con sus manos y colmándola de placer.

Piensa despertarle para despedirse antes de coger el avión, porque de todas formas tenía que viajar a París tarde o temprano, pero está segura de que permanecerá para siempre a su lado.

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo